

En el nombre de Moisés (*Bosque quemado* de Roberto Brodsky)

In the Name of Moses. *Bosque Quemado* of Roberto Brodsky

Jorge Scherman Filer

Pontificia Universidad Católica de Chile

jscherma@uc.cl

El objetivo de este artículo es analizar y reflexionar en cuatro ámbitos acerca de la forma en que se presenta en *Bosque quemado* la filiación de Moisés y su vástago narrador y protagonista. A saber, su rol de hijo ejemplar; el modo de ver su pertenencia y la de su padre al pueblo hebreo, particularmente a la figura del Judío Errante; y los quiebres generacionales a raíz del golpe de Estado de 1973 en Chile. Y, por último, estudiar la forma en que el texto se relaciona con citas travestidas de obras canónicas de Shakespeare, Flaubert, García Lorca y Kafka.

La conclusión sintética del análisis es que *Bosque quemado* resulta ser una inversión de la *Carta al padre*, de Kafka. Una vindicación del padre en vez de un reclamo filial. Un gesto de redención *post mortem*, en el nombre de Moisés.

Palabras clave: hijo ejemplar, Judío Errante, citas travestidas.

The aim of this paper is to analyze and reflect in four ambits regarding the way in which *Bosque quemado* represent the filial relation between Moses and his son, the storyteller and main character. That is, his role as exemplar son; his closeness, along with is father, with the Jewish people, particularly the figure of the Wandering Jew; and the generational breaks due to the Chilean *coup de état* in 1973. Finally, to study how this text is related through travestied quotations to canonical books of Shakespeare, Flaubert, García Lorca and Kafka.

The synthetic conclusion of the analysis is that *Bosque quemado* come up to an invert ion of Kafka's *Carta al padre*. A vindication of the father instead of a filial complains. An act *post mortem* of redemption, in the name of Moses.

Keywords: exemplar son, Wandering Jew, travestied quotations.

To write is to pierce the veil of an intolerable situation.

(Roberto Brodsky)¹

Bosque quemado constituye la cuarta obra de ficción de este autor perteneciente a la segunda generación de escritores de ascendencia hebrea nacidos en Chile. En sus novelas previas Brodsky no había tratado temas específicamente judíos, sino relativos a nuestro país. Concibió una trilogía bajo la forma de la novela policial, donde el crimen solo gatilla el desarrollo de su mirada crítica y escéptica sobre la historia de Chile desde 1970. El escritor y crítico literario Camilo Marks considera que *Bosque quemado* “[...] debe ser su trabajo más ambicioso hasta la fecha” y, en cuanto a su obra en general, que se trata de “[...] un escritor riguroso, exigente, sofisticado, sin concesiones al facilismo, los efectos livianos, la complacencia, la búsqueda de la amenidad” (2008).

Sin embargo, antes de la buena recepción de *Bosque quemado*, avalada por los premios literarios obtenidos, el autor había declarado:

La poca crítica hace lo que puede por establecer un marco de relaciones que permita líneas de diálogo, un escenario, dibujar una mesa donde poder sentarse. La mesa se supone que quedó dibujada en el 89, 90, y es una mesa falsa. En las tres novelas que he escrito, que es mi trilogía de la ficción chilena, hablo sobre esa falsedad, y diálogo literario a partir de eso no he tenido” (Cornejo 2007).

La visión de Brodsky se observa desde su primera novela, *El peor de los héroes*. A nuestro entender, una entrada a las ambigüedades de la transición chilena a la democracia, donde la épica ha sido degradada –lo dice el título– y se difumina la frontera entre ley y delito. Una trama donde el protagonista-abogado-detective y testigo del crimen, intenta de manera zigzagueante desentrañar el enigma del paradero de un detenido desaparecido. Refiriéndose a estas novelas, Brodsky ha señalado que “[...] cierran la historia como una pesadilla en una trilogía donde dictadura, Unidad Popular y transición, se viven y se sufren” (Quiroz 2004).

Y en el mismo *Bosque quemado*, el narrador reflexiona acerca de su escritura, una nada velada declaración de lo que fue el trabajo previo de Brodsky: “Mi tarea era testimoniar, dar cuenta de lo ocurrido a otros en *nuestro lugar*.”

¹ “Authorship” (Brodsky 2010). Escritor y periodista, nació en Santiago en 1957. Previamente había publicado las novelas *El peor de los héroes* (1999); *Últimos días de la historia* (2001); *El arte de callar* (2004); y cuentos en antologías. Fue coautor de las obras de teatro *Lily, yo te quiero*; *Homenaje al surrealismo*; y *La pieza que falta*. Además fue coguionista de la película *Machuca* (2004); y guionista del film *El brindis* (2007). *Bosque quemado* (2007) ha obtenido tres premios literarios: i) XXIII Premio Jaén (novela, 2007); Premio Nuez Martín (novela, 2009), reconocimiento otorgado por la fundación del mismo nombre y la Facultad de Letras de la Pontificia Universidad Católica de Chile; y iii) Premio Municipal de Literatura (novela, 2009).

Había adoptado la posición del mensajero que lleva consigo el último aliento de la víctima” (164)².

En su obra bajo estudio, el escritor ha dejado del todo de lado el género policial, pero no abandona el papel de testigo de un pasado ominoso. Pero ahora se sitúa desde el espacio personal y familiar, desde un lugar de intimidad que recorre su experiencia de vida junto a la de Moisés. A partir de este giro se pliega con *Bosque quemado* a una larga tradición de las letras de América Latina, tal como nos señala Roberto González Echevarría en *Mito y archivo: Una teoría de la narrativa latinoamericana* (1998): “La historia de América y de la novela incipiente serán la carta que el individuo escribe a su padre ausente, cuya presencia se siente únicamente a través de códigos, como la escritura, que denota su ausencia” (91).

Brodsky ensaya dentro del mismo *Bosque quemado* una autorreflexión acerca de la morfología del texto, barajando la posibilidad de que se trataría de una inversión de la *Carta al padre* de Kafka, aunque la denomina novela y biografía (de *mi padre*). Sin ser una misiva en el sentido estricto de este género literario, piensa que lo titulará *Carta del padre*, pero en realidad estamos ante una *autoficción* donde el narrador es el hijo innominado, y el lector por excelencia sería el padre ausente³.

Nuestro análisis lo hemos dividido en cinco apartados. En el primero nos ocupamos, luego de una síntesis de la anécdota, de la disposición y los sentidos de los títulos que acompañan a las partes en que está dividido el texto. Continuamos con un análisis sobre el rol del hijo dentro de su núcleo familiar de pertenencia, intentando mostrar que su figura está construida como la del hijo ejemplar. En el tercer apartado procedemos a una revisión y reflexión acerca de la forma en que se presenta en *Bosque quemado* la filiación de Moisés y su hijo al pueblo judío, lo que denominamos mosaicos de la identidad. Luego abordamos los quiebres y cruces generacionales; es decir, de la representación de las diferencias y convergencias entre la tríada padre-hijo-“nietos” enfrentados a los cambios en la sociedad chilena en los últimos cuarenta años. Terminamos nuestro análisis centrado en las citas literarias que recurren en *Bosque quemado*, siendo a nuestro entender *Hamlet* y *La carta al padre* los dos intertextos más relevantes para comprender la intención de fondo de la autoría.

² Más adelante, el narrador detalla: “El olvido era una prohibición, una licencia poética que solo llegaría con el correr de los años y la triste comprobación de que la vida era una oportunidad que no volvería por más vigilancia que ejerciera sobre ella.

A más de alguien le parecerá rara esta digresión, pero la expongo pensando en los libros que publiqué tras la muerte de mi padre: peludos, en guerra con mis vecinos los felices, libros ciegos que me granjearon un extraño prestigio de visitante no completamente descamisado pero sin duda ajeno al espíritu de la época. [...] Yo conocía el origen de esa tradición y no la recusé” (165).

³ Entendemos por autoficción al subgénero que se sitúa entre la autobiografía (escritura del Yo) y la novela, o bien a medio camino entre el pacto autobiográfico y el pacto novelesco. Para detalles, véase Manuela Alberca (1999) y Phillipe Lejeune (1991), respectivamente. En *Bosque quemado* se presenta una coincidencia entre narrador en primera persona del singular y protagonista, pero su nombre nos es escamoteado. En el relato, la madre también permanece innominada, a diferencia del padre, los hermanos, y los demás personajes relevantes.

Disposición del relato y sentidos de sus subtítulos

En cuanto a la trama, *Bosque quemado* es en apariencia una historia conocida de exilio político chileno y latinoamericano en los años 70 y 80 del siglo XX. El relato de la vida de un judío, médico y comunista, Moisés, el padre del narrador, quien huye de Chile luego del golpe de Estado de 1973 ante la amenaza de detención y sus impredecibles consecuencias. Pero en este mismo acto Moisés revela una sapiencia ancestral mosaica: la errancia es una de las fórmulas de soslayar la eventualidad de la muerte. La aprendió de su abuela Ana, la matriarca que huyó con sus hijos de los *progroms* en Ucrania a principios del siglo XX. Una experiencia judía particular de esos años y habitual de larga data que nos remonta al relato bíblico. Pero este nuevo Moisés no es ningún guía de su pueblo, aunque de manera muy compleja, representa la ley para su reflexivo y ensimismado retoño, quien lo acompaña de manera itinerante en su pueblo latinoamericano.

Buenos Aires o Caracas o el pueblo de Lechería (en la misma Venezuela) serán espacios del exilio de Moisés, lugares de paso mientras espera el retorno a su Tierra Prometida, un Chile que lo expulsó y que, sin embargo, constituye el origen de su mundo que ha sido irremediablemente trastocado por la dictadura y sus efectos perdurables. Moisés ansía y logra volver a lo que fue su cielo de antaño aunque, nos devela la historia, se yergue en el "embudo chileno" (105) propio de un país ajeno a la añoranza de una década de exilio, y que finalmente concluye con el "bosque quemado" del Alzheimer de Moisés.

El vástago-narrador y al final protagonista de esta autoficción desempeña el rol de un nuevo Sancho que insiste en llamarse a sí mismo el "escudero" (40, 103, 182) de Moisés, el padre-Quijote que ha sustituido el rol de caballero andante por la causa del comunismo y el apostolado de la medicina. En *Bosque quemado* late el contraste de visiones de lo vivido por (y entre) padre e hijo, a pesar de ser más un texto esencialmente mono-vocal, pues la voz de Moisés es rescatada de modo muy tenue en la narración.

Ni qué decir tiene que Moisés, un hombre con "[...] resistencias al desvarío y la locura" (20), no pierde la cabeza antes de que lo acose el Alzheimer alrededor de los ochenta años, pero si El Caballero de la Triste Figura sale al mundo a hacer el Bien, Moisés lo emula con una dedicación rayana en el sacrificio de un médico medio perdido en el poblado venezolano, una "estación sin Dios" (181). "Caramba, doctor Chile" (182) –lo saluda el hijo al reencontrarlo en Lechería–, un galeno generoso, dedicado a la gente y muy valorado otrora en nuestro país; el doctor que busca en el exilio, sin ceder jamás, la revalidación de su título profesional.

El texto revela a este respecto el desajuste entre pasado y presente, el de un cardiólogo cuyas dotes dejan de ser reconocidas fuera de su entorno vital, y que no logra evitar la ignominia de tener que someterse a las salvaguardas burocráticas que protegen el ejercicio de su profesión: "Maldita reválida profesional: cuántas humillaciones no había sufrido por querer seguir siendo lo que era, un médico [...]" (96). Ser testigos a través del relato del hijo que Moisés a los sesenta años ha sido forzado a ser de nuevo un

estudiante o un médico en práctica es sin duda uno de los grandes dramas de su vida fuera de Chile, una tragedia que mina la autoestima de Moisés y que, sin ser explícita, adivinamos, alimenta su ira y frustración contenidas. La racionalidad de una mente científica opera solo como una máscara de un cuerpo que, amén del paso de los años, comienza a enfermar. Moisés, poco dado a la palabra “[...] sin dar espacio a los detalles” (19) –como acota el narrador frente a una respuesta de su padre–, parece saber de qué se trata y de dónde proviene su deterioro físico y mental, y sucumbe finalmente a la enfermedad.

La obra está dividida en cuatro partes o capítulos que no siguen un orden temporal, sino que se estructura en torno a hechos claves que la autoría ha seleccionado, dándole un título a cada parte y que, además, utiliza como metáforas abarcadoras que simbolizan los momentos trascendentes en torno a los cuales el narrador organiza de manera zigzagueante (tanto en el espacio como en el tiempo) sus recuerdos y reflexiones. El primer capítulo, llamado “Golpes en la puerta”, da cuenta al inicio del acogimiento de Moisés por parte del hijo, quien lo recibe en su casa en un condominio en Santiago. Ha pasado más de una década luego del “[...] retorno [de Moisés] al durísimo *farwest* chileno” (195), y su relación y convivencia con una actriz judía del teatro Noh ha entrado en una etapa conflictiva. El padre pide cobijo temporal, a pesar de que jamás se había acercado a este hogar de su retoño. El golpe en la puerta habla también de otros golpes: el de Estado en 1973 que lo expulsó y el que se avizora en Argentina, donde padre e hijo vivían en un departamento bonaerense en la calle Charcas, momento en que los represores llegaron a buscar a Moisés. Se salvan gracias a la ayuda del mayordomo y se traslada a Venezuela, y luego será el narrador quien vaya tras su padre a anunciar su llegada. En una doble dirección, los “golpes en la puerta” señalan instancias de partida forzadas y encuentros filiales, la condición diaspórica de padre e hijo que se desplazan, unen y separan a través del mapa latinoamericano (y esporádicamente europeo). Es el destino de seres que recrean la condición del Judío Errante, situados ahora en los avatares de la política finisecular en Latinoamérica.

El segundo capítulo se titula “Bosque quemado”, y da esencialmente cuenta de la progresiva enfermedad de Moisés. En esta parte se narra el episodio quizá más amargo y doloroso del texto. El padre vive una primera etapa del Alzheimer, donde alternan la lucidez y el delirio, para luego desconectarse de su entorno vital al cuidado de los hijos y de su exesposa; en primera instancia en su propia casa y posteriormente en una clínica especializada. Pero el “bosque quemado” aterra además al narrador por el eventual contagio al cuidador del enfermo, el *burn out*, pues el médico les ha indicado: “Es el síndrome del cuidador quemado [...] Quiere decir que si usted se mantiene todo el tiempo junto a un enfermo de este tipo, cuidándolo y protegiéndolo, muy pronto adquirirá un estrés crónico, sus reservas anímicas se agotarán y su propio organismo comenzará a deteriorarse junto con el del paciente” (124-125).

El hijo se ve a futuro como el *burn out*, para más adelante aceptar que es su madre quien ha de jugar este trágico rol en su calidad de “enfermera” de Moisés. Pero es difícil no inferir que el “bosque quemado” (recordemos que

da título al libro y a este capítulo) y el *burn out* anteceden al Alzheimer de Moisés, alude también al contagio simbólico del hijo. El narrador, al enterarse del diagnóstico y sus consecuencias, reflexiona en los siguientes términos: "Tragué saliva. ¿Acaso no era ese mi caso? ¿No llevaba yo el incendio de mi padre inoculado como un virus *desde muchos años antes*, mientras soportaba, embestía, neutralizaba, eludía y aceptaba por fin su *mal du pays*, como una enfermedad propia que a él lo consumía y a mí me asediaba?" (el énfasis es mío, 125).

La dolencia de Moisés viene de antiguo, remontándose a su estadía en Lechería, y frente a la operación a la próstata con alrededor de los ochenta años, que desata los primeros síntomas del Alzheimer, le dice al hijo: "Los dos sabemos por qué está ocurriendo *esto*" (énfasis en el original, 91). Así, la enfermedad del padre es presentada como la secuela inevitable de su paso solitario por Lechería, que una correligionaria de Moisés sintetizó en su funeral con el término "íngrimo" (152).

El tercer capítulo, denominado precisamente "Lechería", da cuenta de la vida de Moisés en este espacio que cuesta decidir si se trata más de su purgatorio o de su averno. En efecto, el narrador nombra al poblado de cinco mil habitantes tanto "una estación de paso" (151) como "un reposado infierno" (158). El hijo piensa en un momento que Moisés realizó allí su ascesis, y que la calificación de íngrimo para los años de destierro era adecuada: "Ubicada a diez grados de latitud nordeste del Ecuador, la localidad de Lechería fue para mi padre una orilla vacía, un espacio desértico y en cierta forma ideal para revisar el guión donde él ocupaba alternativamente un rol secundario o estelar según el género de historia que se decidiera a contar sobre su vida en aquella extravagante locación" (151). El hijo lo visita durante ocho a diez días luego de varias dilaciones, resistiéndose a ser testigo presencial de la "[...] evidencia de una humillación continua" (153), o "el agravio" (157) impuesto sobre Moisés. Al fin se sobrepone a sus aprehensiones y va al encuentro del padre, y en su funeral y cremación recuerda lo que hizo y vio en Lechería:

Una visita de médico, se me ocurre pensar, ahora que su cuerpo arde y se quema hasta convertirse en auténtica ceniza, porque la imagen del incendio ya la había recogido en Lechería; era allí donde mi padre había comenzado a calcinarse figuradamente bajo un puro presente que lo devoraba en la verticalidad de los trópicos. Allí, en esa intemperie cegada de luz, era donde había quedado a la vista (153).

El último capítulo, denominado "Cuarto oscuro", da cuenta en la superficie de la vida del narrador con posterioridad a la muerte de Moisés. Instala en el departamento de este lo que llama su espacio de "alteridad" (194); es decir, una vida de retiro del mundanal ruido, donde intentará revelar sus fotos acumuladas por años, escribir lo que llegará a ser el libro que leemos, y ejercer dos veces al año la infidelidad con Manuela, una ex vecina casada del condominio donde otrora cobijó a Moisés. En términos de la anécdota relatada en esta parte, destacan la muerte de la madre largamente aquejada de diabetes y la evicción de Félix (el amante por tres décadas de la

madre) del departamento familiar donde vivió con ella muchos años. Pero el "cuarto oscuro" del título alude a cuestiones que acosan al narrador: develar el "negativo fotográfico" (164) que ha permanecido largamente en estado de latencia. En primer término, cómo escribir el relato que dé cuenta de su vida junto a Moisés; y segundo, cómo saldar cuentas con el amante de su madre. El "cuarto oscuro" se yergue en consecuencia como un espacio para emprender la labor de no sucumbir al olvido o la borradura, para develar aquello que había permanecido oculto o silenciado.

Y al terminar de leer el libro entendemos que *Bosque quemado* "[...] trahunta un amor y una admiración inmensos por la figura paterna" (Méndez 2008), y se constituye en un acto de reparación que se cierra con el castigo de la autoría al villano, Félix, quien se halla en el origen del "deshuese familiar" (153).

Hijo ejemplar: "mi padre era mi país"

"Soy su escudero, me digo; eso es lo único que importa" (40). Esta afirmación y el desarrollo de la trama va develando que el protagonista asumió el rol de *hijo ejemplar*. El arranque de este papel en la familia de Moisés se remonta al momento de la separación de sus progenitores cuando tenía alrededor de 13-14 años. Frente al quiebre de sus padres y un Moisés "humillado" (44) por el abandono de la madre, y a dos hermanos mayores que "[...] ya no llegaban a dormir" (43), es el narrador quien oficia de testigo privilegiado del dolor de Moisés y lo acompaña en esos tiempos aciagos:

De una manera que aún no podía precisar porque no estaba escrito en ningún papel, yo había firmado un pacto con mi padre. En ese pacto, ser fiel a su sufrimiento –es decir, reconocerlo, comprenderlo y no hacer preguntas incómodas– era mi prueba de valor. Desde entonces no nos perdíamos de vista en ningún momento a pesar de la confusión de esos días, y el Golpe contra Allende supuso un cambio que me alegró intensa y secretamente: lo que viniera a continuación no podía ser peor que el marasmo donde nos hallábamos (44-45).

Pacto de origen, y los años venideros del padre en el exilio no harán más que confirmar el cumplimiento de esta alianza privilegiada, mientras los hermanos aparecen más independientes y desligados. Luego del golpe de Estado, los tres visitan a Moisés en su escondite, donde el padre les plantea el ya referido eventual traslado a Israel; no obstante, las opciones se bifurcan:

–Yo estoy con los palestinos –dijo Ricardo, que pensaba el mundo desde la política.

–Yo estoy con la Marieta –dijo Pablo, que no pensaba en el mundo desde que estaba con Marieta.

Yo era el menor y solo pensaba en cambiar de aire. A donde fuera él, iría yo (45).

La connivencia llevará al narrador a seguir a Moisés en su estadía bonaerense, ciudad en se encontrarán con el brazo argentino de la familia paterna, el único espacio cálido que hará de sustituto para la díada padre-hijo, mientras el núcleo de origen muestra sus ramas desperdigadas en la marea del destierro y el rompimiento matrimonial.

Buenos Aires constituirá un espacio donde hijo y padre profundizarán su asociación, al mismo tiempo que mostrará las distintas perspectivas con que visualizan la realidad que habitan. El padre que trabajaba en el policlínico israelita del barrio Once, volviendo a ejercer su rol de sanador, mientras el protagonista se refugia en la literatura: “[...] escribo, dedico toda la energía a preparar el salto, eludo cuanto puedo el compromiso, extremo los recursos de la libertad juvenil y abro un cauce paralelo, irreductible, modelando una aventura individual que sirva de mito y demonio particular al mismo tiempo. Mi programa vital en una línea. Nada de eso, sin embargo, puedo explicárselo a mi padre [...]” (63).

La estadía en el departamento de la calle Charcas y las visitas periódicas a la familia serán, no obstante, un cobijo temporal, pues hasta allí seguirá a Moisés la sombra de la represión política que cruza la cordillera y lo fuerza a migrar a Venezuela mientras el hijo vuelve a Chile, antes de volver a reunirse con su progenitor. Es el mismo Moisés quien se lo pide en una misiva: “Te espero, decía; tu presencia es importante para mí” (67); “la carta del padre” (67) la llama el hijo, donde, contrario a su historia y carácter, abre su intimidad y admite “[...] las debilidades o el derrumbe de la autoridad paterna” (67).

El reencuentro en Caracas reemplazará a Buenos Aires como un frágil lugar de anclaje, pues la tranquilidad de no ser perseguido tendrá el costo adicional que conlleva la ausencia de la familia bonaerense. Con el paso de los años, el hijo ansía partir y busca una manera de huir juntos, hastiado en un ambiente que visualiza como un “[...] martirologio de exiliados” (24). Es decir, de un desarraigo de los connacionales a la espera de un retorno a una patria que se les ha vuelto esquiva y se la vive desde la sublimación. Entonces, el narrador se transforma en una suerte de apátrida que va y viene. El concepto de nacionalidad le ha estallado y su manera de recoger los fragmentos es difuminar toda frontera cartográfica y reemplazarla por un mapa subjetivo que no podemos dejar de leer como una opción diaspórica: “Ser chileno no es distinto a ser australiano o marroquí, y si en la valoración de alguien resulta indiferente la condición marroquí o australiana de una persona, ¿a qué tanto de ocuparse de volver a Chile para ser chileno?” (24).

Moisés en cambio, al igual que con la revalidación de su título, insiste en volver a la patria de acogida, reflejado en su porfía de que lo autoricen a entrar a Chile, dejando entrever que a pesar del exilio forzado el apego al país se mantiene y no es negociable. Por el contrario, el relato nos indica que Moisés no ocupa su prestigio profesional para labrarse un futuro en otro espacio. El hijo lo impulsa a trasladarse a una capital europea o tal vez a Estados Unidos: “Amigos tenía en todos lados, y ellos le ayudarían” (26), “[...] pero mi padre apostaba a quedarse quieto [...]” (24), “[...] un rigor fantasmal que no le permitía moverse ni mirar el mundo desde un eje distinto (24).

Cuando el protagonista-escritor le entrega a Moisés un cuento de su pluma donde ensaya lo que significaría la vuelta a Chile, “[...] esa trama fúnebre que yo había disfrazado en clave fantástica [...]” (27), el padre lo lee y se lo devuelve deslizándose apenas un “No entiendo nada” (26). A los ojos del hijo la recepción de Moisés quebranta el pacto de origen, no obstante se pregunta si su padre está en lo correcto y son ambos quienes “[...] habíamos dejado de entender. Nada estaba en su lugar, y aquello parecía no tener fin. Nunca lo tendría” (27). Moisés permanece “quieto” en Venezuela y es el hijo, en su rol de cuidador, quien debe ceder en su afán de emprender un nuevo rumbo. Permanece a su lado, pues irse solo “[...] era caer al vacío. Matarme” (28).

La posibilidad de emprender rutas separadas surge en Caracas luego de una década de exilio, cuando Moisés es autorizado a regresar. Pero una vez más, desechando la opción de Madrid, el hijo optará por acompañarlo en su miedo de la vuelta a la patria hostil. Cual Ulises que retorna a Itaca pero “[...] necesitado más que nunca de su hijo escudero” (103), vuelve un Moisés que, a diferencia del homónimo bíblico, podrá entrar a su Tierra Prometida. No obstante, la épica está ausente en este retorno, pues los “[...] compañeros de ruta” se encuentran ya “confabulados pero también consumidos” (103).

Retornan a Chile aunque no era la alternativa del hijo, pero ya sabemos que separarse de Moisés era un suicidio algo más que simbólico. De allí que en esta nueva coyuntura se mantienen válidas las palabras del narrador cuando lo sigue por primera vez a Caracas: “En cuanto a mí, no había mayor novedad: mi padre era mi país, mi patria portátil” (70).

Y ya transcurridos unos años desde la vuelta a Chile, tal como hemos señalado, el narrador es el hijo elegido por Moisés cuando requiere cobijo luego de su quiebre con la actriz del teatro Noh. Así, es el padre quien valida el rol privilegiado de su tercer vástago, quien también lo acompaña a la clínica a retirar los exámenes que revelarán la necesidad de que sea intervenido de la próstata. En esos días el hijo no puede evitar el sentimiento de ser el protector sacrificado: “Yo soy su cuidador, me repito; siempre lo he sido”; “Aquí donde estoy me encontrará, murmuro como si un fuego abrasador cabalgara hacia la ventana. Y apenas me muevo mientras me voy quemando” (40).

La cercanía a Moisés le permite también ser el primer miembro del clan en detectar los síntomas del Alzheimer que suceden a la operación quirúrgica. La visita a una muestra de arte le permitirá captar las señales del mal. De allí en adelante compartirá las responsabilidades del cuidado del padre con sus hermanos y la madre, la única coyuntura donde se lee que todos los miembros del núcleo familiar de origen se han puesto a la par con relación al cuidado de Moisés.

Curiosamente, otro momento donde queda establecida su calidad de hijo que juega un rol privilegiado, es con relación a la madre, a quien no deja de mirar con ojos críticos o –como dice Méndez– “[...] el rencor en la relación con su madre, la rabia por su abandono [...]” (*op. cit.*). Un sentimiento que se expresa en que ella, ya lo señalamos, es la única del núcleo familiar que permanece innominada. Aún así, él se autocalifica “el regalón de mamá” (52), que sus hermanos no hacen más que corroborar. En efecto, al instante de la

agonía de la madre, llega a su departamento donde están todos reunidos. En primera instancia se niega a aceptar la realidad, pide que la dejen descansar y recibe la reacción de Pablo y Ricardo: "Mis hermanos me miraron como si yo no comprendiera lo que sucedía. Pobre muchacho, el regalón de mamá. Puede que tuvieran razón" [...] "(208). Entonces recibe el llamado de la madre transmitido por uno de los hermanos: "Sí, pidió hablar contigo" (208). Ingresa a la habitación, la madre apenas le emite una queja en el oído, no dice nada, y él la abraza hasta el instante postrero: "Arrullé el cuerpo sin que nada enturbiara el reflujo que comenzaba a llenar la habitación. La serenidad parecía haber ocupado mi puesto. Permanecí un largo rato así, con mi madre en los brazos tan firmemente aferrada que oía su muerte llevando el pulso" (209). Y de ahí, el hijo comunica al clan que la agonía ha llegado a su fin.

Y ahora que la madre ya no está, queda pendiente resolver el tema de Félix. La última acción del hijo ejemplar, asunto a que nos abocaremos en el apartado final de este ensayo.

Mosaicos de la identidad

El deseo de Moisés fue que sus cenizas sean repartidas entre Ucrania, Argentina, Israel y Chile, reflejando un ser híbrido que quiere dar cuenta de los espacios de origen que marcaron su devenir: el lugar de los ancestros; el país de nacimiento; la Tierra Prometida a los judíos; y la patria de adopción.

La historia de Moisés, y que el hijo habrá de heredar, es el de la diáspora judía, un deambular que arranca con Ana Kotlowicz (bisabuela del narrador) desde Dnepropetrovsk (Ucrania) a principios del siglo huyendo de los *progroms*. La matriarca se traslada a principios del siglo XX con sus cinco hijos a Buenos Aires, mientras su esposo Moisés quedó atrás y murió en Rusia. El padre de Ana, Benjamín, en cambio, emigró a los Estados Unidos, adelantando la separación de las ramas del árbol genealógico. La experiencia de divisiones filiales volverá a repetirse con Bernardo, hijo de Ana, quien dejará Buenos Aires hacia Santiago junto a su mujer para instalarse en la calle Serrano con el nuevo Moisés de pocos años. En el barrio Franklin se instala con una fábrica de colchones y somieres, y el hijo elegido para cumplir con un viejo sueño judío de los inmigrantes, un médico en la familia, será Moisés: "A partir de entonces la medicina sería su única religión. Vivía para ella, obligado a cumplir el mandato familiar al mismo tiempo que maravillado y agradecido de su esclavitud" (35).

Moisés se casará en los años 50 con una mujer gentil una década menor, de madre católica y padre secular. Ella no se convertirá al judaísmo y la pareja soslayará la iglesia y la sinagoga, transformando así, desde el punto de la religión judía, al narrador y sus dos hermanos en *goyim* (gentiles, en *yiddish*). El hijo se ocupa de desmentir este mandato: "[...] llegamos al mundo sin Dios ni Rey pero bajo evidente sospecha judía, ya que según la ley del vientre no pertenecíamos a la tribu de Israel pero cargábamos con las tablas en el nombre de mi padre" (35). Desde allí, el protagonista se ocupará de marcar su mestizaje, pues Moisés será el signo frente al entorno chileno que los identificará como judíos. En una ocasión, amén del apellido, un vecino asocia el nombre del padre a ser hebreos, y en uno de los pocos

arrestos de humor en el texto, el narrador nos aclara qué quiso decir con lo de "sospecha judía", y adelantará su propio sentimiento de exotismo:

En cualquier caso, por una puerta u otra, siempre se llega a la tierra prometida. Es un clásico, lo mismo que si me preguntaran por el pene. ¿Lo tiene usted cortado *también?*, parecen decir. O se burlan de mí o no entienden nada de nada. Y eso hasta el día de hoy en que ambas alternativas convergen hacia una sola sospecha: tú pareces que no fueras de aquí, me deslizan. No, claro que no. Y a la vez, por supuesto que sí: la ciudadanía es una cosa y el sombrero del pene otra distinta (34).

A nuestro juicio, el problema más interesante que se plantea para comprender la vida de Moisés, es la relación que se establece entre el judaísmo y la opción política del padre. Es una cuestión crucial, que arranca con la afirmación de que Moisés se hizo comunista por no tener "ni Dios ni Rey". Más adelante el narrador insinúa el vínculo entre el mesianismo judío y la utopía comunista, que coincide con la afirmación del mismo Roberto Brodsky en un ensayo: "Apurar cielos a través de la revolución redentora ha sido siempre un camino transitado por los judíos laicos –no observantes ni sionistas pero culturalmente tan judíos como sus pares religiosos– y en esto el caso chileno no fue una excepción" (2007b 251).

Ambas se basan en una constatación: muchos hebreos laicos se vieron atraídos por el marxismo. Pero, ¿qué decir de los que no lo hicieron? En la misma época, y de manera creciente en el siglo XX, optaron por el sionismo; es decir –siguiendo a Slezkine–, otra profecía moderna cara a los judíos⁴.

En *Bosque quemado*, el intento de una respuesta más precisa a la elección comunista de Moisés y su relación con su judaísmo la encontramos al final del capítulo "Lechería". Allí se describe el momento en que el hijo junto a sus padres se reencuentran muchos años después con Gabriel y Consuelo (padrinos del narrador). A diferencia de Moisés, la pareja no sufrió el destierro, aunque sí los hijos se fueron de Chile. Había sin embargo vivido el exilio interno, y Gabriel, a pesar de su cuidada vestimenta, se sentía un excluido, espejeando por otra ruta el destino de Moisés. Ambos "profesionales progresistas" (145), con un Gabriel que entendemos provenía de un medio acomodado y eligió, al igual que Moisés, "[...] diluir los orígenes y sus ambivalencias de identidad en una solución que neutralizara el problema, y la fórmula nacional había sido para Gabriel lo que el comunismo para mi padre: un modo de pertenecer, de encajar en algo" (145). Seres cándidos –dice el hijo–, que apostaron otrora por "los desplazados y oprimidos que ocultaban en ellos mismos" (145). La Historia había derrotado a esa generación; Gabriel jubilado y Moisés en su etapa final del Alzheimer, habían regresado al origen: "Ahora el burgués se recluía en sus hábitos y el judío retomaba su lugar en el torrente sanguíneo" (145).

⁴ "Zionism and Bolshevism shared a messianic promise of imminent collective redemption and a more or less miraculous collective transfiguration" (211).

Leemos en esta instancia que Moisés eligió el comunismo no por ser ateo, sino porque se sentía en Chile de algún modo ajeno por ser judío, y el comunismo le ofrecía la oportunidad de un cosmopolismo que además lo ligaba a todos los oprimidos (en lenguaje marxista, el "internacionalismo proletario"). A esto parece referirse el hijo con "neutralizar el problema". No obstante, pensamos, el ser laico sería una correlación de ser comunista, y no la causa. Y lo que facilita el paso de ser judío a ser también comunista, es que se trata de dos formas de pertenencia que coinciden en su naturaleza universalista.

Asimismo, el comunismo dentro de los judíos es un modo de rechazar el nacionalismo sionista que aboga solo por Israel como patria para los judíos. En tanto que para un hebreo de la diáspora es más o menos natural, dependiendo de la menor o mayor presencia del antisemitismo, asumir la patria de adopción como parte de su identidad mestiza. A este respecto, Moisés jamás cedió en su afán de volver a Chile, lo que señala que "la fórmula nacional" era aún una parte no desechable de su ser híbrido.

Adicionalmente, hasta el Golpe de 1973, la vida de Moisés en Chile aparece en el texto como un caso de integración no conflictiva al país. Cuesta imaginar a Moisés antes del 11 de setiembre de 1973, valorado cardiólogo y profesor universitario, como parte de los "desplazados y oprimidos". Más bien todo lo contrario:

Nos iba bien: vivíamos en el barrio de los profesionales de la clase media, asistíamos a un colegio privado donde nos enseñaban lenguas extranjeras, mis padres estaban suscritos al Reader's Digest y nuestra mascota era un boxer que imponía su presencia en toda la cuadra. Pero como no teníamos un lugar estable en el más allá, mi padre se hizo comunista. Y comenzaron los problemas (35-36).

Amén de un tema no menor, la separación matrimonial de Moisés un tiempo antes, el Golpe de 1973 sería el evento que cerraría el círculo de las contrariedades que habrían de venir, y que echarían por la borda ese añorado mundo de barrio en Ñuñoa.

Como señalamos al inicio de este apartado, el padre se consideraba un hombre perteneciente a cuatro espacios identitarios, con sus consiguientes tensiones. Es en este sentido, y no de ser un judío que de alguna forma se sentía extranjero en Chile, que nos parece válida la aguda observación del narrador que el comunismo le permitió a Moisés "neutralizar el problema". El símbolo final será que la bandera comunista abrigará su fétetro: "De pronto, la hoz y el martillo cubrieron literalmente la pasión de mi padre" (152). Pero el narrador agrega inmediatamente: "Podía ser incómodo pero reflejaba con exactitud lo ocurrido, al menos su devoción por la medicina" (152). Frase ingeniosa que vela sino desmiente el sentido transparente de la anterior por sí sola. Un giro que apuntaría más al sentimiento "incómodo" del hijo de que la hoz y el martillo sea el símbolo que exprese y sintetice lo que fue Moisés. Y consecuentemente un desplazamiento que al final sustituiría el comunismo por la medicina como "la pasión" del padre.

Con relación a los dilemas de la identidad, señalemos también que no sería a Moisés sino al hijo a quien contraría "la fórmula nacional". Uno de los focos de tirantez entre ambos es precisamente sus diferentes sentimientos respecto de Chile.

Recordemos que el ser médico fue un mandamiento filial que Moisés acogió con devoción. Pero, ¿qué pensaba Moisés sobre el mosaico de su identidad? ¿Buscó "diluir los orígenes" y "encajar en algo" al optar ser comunista? ¿Qué evaluación hacía de esta elección antes del Alzheimer⁵? A partir del propio texto no resulta posible desentrañar del todo las respuestas a estas preguntas, pero nos inclinamos a creer que su relato no coincidiría con el del hijo. Es referido a aspectos como el que hemos recién discutido que entendemos la afirmación del mismo Brodsky acerca de su padre y *Bosque quemado*: "Estoy seguro que él estaría en completo desacuerdo con mi descripción" (citado en Universia 2009).

Nuestro análisis ha intentado mostrar que a pesar de que en la novela está ausente la versión del padre, la lectura del mismo texto permite obtener algunas pistas para avanzar que Moisés nos hubiese contado otra historia sobre sí mismo y de los tiempos que le tocó vivir. Historia que el protagonista reelabora a través de una ficción que opaca aquellos componentes de la identidad de Moisés que le permiten templar las fisuras existentes entre padre e hijo. En *Bosque quemado* el narrador nos transmite la historia de un Moisés que no se habría sentido ni tan comunista ni tan chileno. Desde aquí entendemos la afirmación del hijo que "la pasión" por la medicina sería el símbolo que mejor resumiría lo que fue Moisés: un humanista enamorado de su profesión, impulsado por un mandato familiar, y judío en consecuencia. Moisés, el hombre desprendido de los intereses materiales, y tesoneramente entregado a curar al prójimo que palpita con fuerza a lo largo del texto. Por cierto, este padre irrumpe nítido en el relato, aunque al mismo tiempo sería el que se acerca más al de los deseos del hijo. Y, por tanto, lo comprime a haber sido esencialmente médico y judío, lo que diluye las demás pulsiones de Moisés.

Quiebres y cruces generacionales

Bosque quemado, sin ser una autoficción que se ocupa de la Historia, permite apreciar los quiebres generacionales de las últimas cuatro décadas en Chile, rupturas que han ocurrido al unísono con los cambios políticos, económicos y culturales, marcados por los periodos de la Unidad Popular, la dictadura encabezada por Augusto Pinochet, y la etapa de transición a la democracia. Moisés con alrededor de sesenta años y su hijo de quince al momento del derrocamiento de Allende, y "los felices" (32), la pareja de médicos recién recibidos que habitan en el condominio hacia la segunda mitad de los

⁵ Como veremos más adelante, en una carta que el hijo atribuye a Moisés a los sesenta y cinco años en Lechería, este aparece en el relato como un luchador vencido y ya sin ilusión. El narrador dice que es lo único que no se ha inventado en la confección del libro, pero no tenemos cómo saber con plena certeza si las palabras de Moisés son propias (una misiva real incorporada al texto) o escritas por el hijo. Todo indica que la carta de Moisés es una invención del narrador, dispuesta en función del sentido del relato.

90, representan, respectivamente, estos tres tiempos históricos y formas de mirar el mundo y el país que marcaron a estas generaciones pertenecientes a los sectores profesionales y acomodados en Chile ("pequeñoburgueses ilustrados" (210)). Moisés fue parte activa de las fuertes tensiones políticas que caracterizaron al siglo XX (socialismo/capitalismo; fascismo/democracia) en versión republicana y chilena⁶.

El hijo en cambio, que se define a sí mismo como huyendo de "mi anti-comunismo" (96), opta por avanzar y retroceder en su visión crítica sobre el ideario comunista y la experiencia del llamado "socialismo real", más por amor y respeto al padre muerto que por carencia de posición. Sin embargo, vale la pena citar *in extenso* hacia dónde sitúa su reflexión no carente de ironía y dolor:

¡¡Cuántas batallas inútiles!! ¡¡Cuántos molinos de viento se habrían podido evitar de no haber abrazado la dictadura del proletariado como destino científico!! ¡Cuántas falsas expectativas! Ah, la sociedad sin clases, la justicia universal, ¡el pensamiento del partido! Es posible que nadie excepto un comunista chileno de los años sesenta comprenda el enorme equívoco que reserva el enunciado anterior. Pero ni siquiera así: posiblemente sólo el hijo de un comunista chileno sea capaz de dar cuenta detallada de esa catástrofe. ¿Lo digo o no lo digo? No; hoy *ese lugar esta vacío*, así que mejor no lo digo. A lo más advierto su anacronismo y dejo suspendida la imagen de mi padre en esa rarísima mezcla de entendimiento y cerrazón, de autoritaria ingenuidad y bondadosa perversión que se agita en el alma a la vez incrédula y mesiánica de un viejo comunista chileno (el énfasis es mío, 36).

Pero más allá de esta mirada, el hijo sabe que es parte de un nudo familiar y colectivo que no puede desatar del todo. Cuando junto a sus padres se encuentra por azar con Gabriel y Consuelo, se da cuenta de que oficia del puente que permite la comunicación entre el presente y el pasado: "Sentado allí, con la actitud de un maduro adiestrador de equitación, aparentemente yo era el único vínculo que encontraban para charlar con la nueva época. No dejaba de ser un curioso papel para alguien que había puesto sus mejores años y el más duro empeño en huir de los mayores" (146).

Así, el hijo no puede soslayar a la generación del padre, quiéralo o no la lleva consigo, y es con esos ojos que mira a quienes lo suceden, la generación que nació más o menos al momento del golpe de Estado de 1973 y que alcanzó la madurez en la época de la transición a la democracia: "los

⁶ Brodsky, a raíz de la muerte de Augusto Pinochet y de lo que evalúa como la reacción mayoritaria y complaciente de la prensa y los personeros públicos, y de quienes la celebraron en Chile, escribió un texto corto que tituló "La hora del asco", donde se señala: "Qué quieren: soy nacido el 57, fui educado en una democracia representativa, mi padre era comunista y me llevaba de la mano el año 63 a ver los actos de Frei Montalva para enseñarme a escuchar opiniones distintas a la suya. A los 15 años se acabó la lección" (2006).

felices" o "los nietos" (188): "Son felices, y yo los admiro por esta felicidad, sabiendo que en parte me fue negada o que algo en mi entorno no tiende a la felicidad" (33). Manuela y René, jóvenes médicos, dan cuenta de esta generación dispuesta como contrapunto:

Era la generación salvada, la que perdonaba, y por eso las instituciones apostaban por ella. Habían nacido en el sitio y momento precisos, quince años después de todo, y se preparaban para tomar el control. [...] Juiciosamente, además, no demostraban demasiado esfuerzo ni apego por ella [la gloria], en la eventualidad de que el día de mañana otra casualidad menos beneficiosa sustituyera la flama sosegadamente postapocalíptica que levantaban. Una generación irresistible, en suma. Tan alegre y subyugante que no se podía evitar una revoltura de estómago ante semejantes bondades (188-189)⁷.

El narrador, al ejercer la infidelidad con Manuela, devela frente a "los felices" una actitud que tiene dos aristas. Por una parte, es una forma de integración a la nueva realidad que vive el país, de allí también su instalación en un condominio. Y por otra, es una manera de venganza contra una generación que le niega u olvida su historia, simbolizada en el hecho de que René y Manuela no tienen idea de quién es el destacado cardiólogo, que además ejerció y ejerce de nuevo de académico en la misma Escuela de Medicina donde ellos estudiaron. Así, la infidelidad no está exenta de culpa.

Y más allá de que el protagonista converse con su analista; este le diga que está recreando la relación de su madre y Félix; y él concluya que su adulterio se debe precisamente a que ama a su esposa, la doble motivación, ser parte y tomarse al mismo tiempo una revancha con la "nueva época", deja entrever ambivalencia frente a lo que representan los jóvenes médicos. Al abandonar definitivamente el condominio para irse con Victoria, se despiden de Manuela y René, y le comenta a su mujer: "Los felices –dije con algo de ira, o de lástima. O de envidia" (201). Victoria concede, pero agregando que se trata de una felicidad falsa.

Cruzando de lleno los umbrales de las tres generaciones, Félix, quien tenía más o menos veinticinco años al momento de asumir Allende, da cuenta a su vez no solo de una diferencia social, pues era un trabajador proveniente de un barrio más popular, sino que personifica a una suerte de "hombre corcho" que se desplaza por más de treinta años por el entramado familiar, social y político tras sus propios intereses. Un ser que es denominado "zorro de campo" (216) o "el fauno de mi madre" (218), en las antípodas de Moisés: "Las diferencias entre uno y otro no podían ser más elocuentes: Félix era un luchador nato capaz de escalar techos y clavar banderas con la velocidad

⁷ En una entrevista, refiriéndose a *Bosque quemado*, el autor nos informa: "Los felices actúan como contraste, les marcan al padre y al hijo la distancia que tienen de la sociedad real. Los felices viven en el Chile de hoy, cierto, son jóvenes que están aprovechando que no hay una tormenta y no hay un desastre social y político y están en una actitud de emergencia de sus personalidades, trabajos y preocupaciones" (Cordeu 2008).

de un gato montés, mientras que Moisés era un contemplativo que olvidaba cobrar sus honorarios y se abismaba con pensamientos de arrecife" (114).

El hijo deja claro que se vio tensionado entre dos actitudes de vida que le producen al mismo tiempo atracción y rechazo. Pero, sin lugar a dudas, su fidelidad postrera será con el padre, quien lo acosará de manera fantasmagórica, cual versión finisecular de Halmet.

Citas literarias travestidas

Observamos en varias instancias en *Bosque quemado* el trabajo literario desde la misma literatura en un juego de intertextualidades, pero donde los referentes no son los que se ocupan del tema principal, errancia judía y exilios latinoamericanos, sino aquellos que tratan acerca de los dilemas familiares. En particular, las relaciones entre progenitores e hijos y la infidelidad matrimonial. Motivos que permiten desarrollar diferentes aristas del tema mayor.

Destaquemos que las citas literarias se hallan por lo general travestidas; es decir, se usan con gran libertad recurriendo a giros, inversiones y desvíos. Hemos detectado al menos cuatro referentes de la literatura que recurren el desarrollo de la trama: *Carta al padre*; *Hamlet*; *La casa de Bernarda Alba*; y *Madame Bovary*. Las dos primeras a nuestro juicio son las de mayor relevancia para entender la intención del texto en su conjunto, mientras las otras dos concurren para representar y otorgarle una filiación literaria a determinadas situaciones que acompañan la trama.

Partiendo por el final, la novela de Flaubert se cita por primera vez sin hacerla explícita (lo que por el momento abre la ambigüedad a, por ejemplo, *Anna Karenina*, o *El despertar*, de Kate Chopin), en un momento en que el narrador se ocupa de reflexionar sobre la cercanía de su madre y Moisés cuando este ya se halla internado en la clínica para enfermos avanzados de Alzheimer. "Era una inversión curiosa, porque ahora el nuevo amante de mi madre era mi padre, mientras Félix resignaba su chance al rol de marido engañado, con lo que se confirmaba la incurable disponibilidad de las mujeres hacia el adulterio [sic], que en este caso, el de mi madre, adoptaba la venturosa forma de una fidelidad extrema, casi redentora" (140). La madre ha de ser entonces la cuidadora quemada hasta la muerte de Moisés.

Y ya recién fallecida, el viudo Félix no se siente capaz de retornar al departamento vacío. Es acogido temporalmente en la casa del hijo-narrador (espejeando el cobijo de Moisés cuando rompe con la actriz del teatro Noh), y nos encontramos con un desvío intertextual que a primera vista resulta enigmático: "Félix no era mi padre. Tal vez fuera el doble masculino de Madame Bovary y yo lo mantuviera hospedado en mi casa como una prolongación de los sueños que en otro tiempo él había empujado [...]" (210).

Leemos que mientras Madame Bovary buscaba la protección y sublimación amorosa en sus amantes frente a un Charles aburrido y ocupado de sus quehaceres, Félix vio en la madre una manera de escapar de su ambiente popular protegido además por una amante mayor: "[...] no era extraño que Félix cayera rendido como un niño bajo los mimos de la asistente social que lo atendía con particular delicadeza de una mujer madura [...]" (210). Así, el

narrador ve en Félix un “doble masculino de Madame Bovary” donde desde una lectura más directa, pensamos en primera instancia en una relación edípica y, además, recordando que Moisés y Charles son ambos médicos que descuidan a sus esposas ocupados y ensimismados en su profesión, la madre y no Félix sería la doble de Madame Bovary. Por el mismo texto sabemos que la progenitora se involucró con Félix y dejó el hogar al sentirse relegada en los instantes en que la familia se muda desde la casa de Nuñoa a Vitacura: “[...] mi madre ya se imaginaba convertida en un florero más de los arreglos de claveles y crisantemos que los pacientes agradecidos harían llegar al venerable médico en su nueva morada. No tardó entonces en darse cuenta de que los hijos ya no eran niños, el marido vivía fuera de la casa, y ella se había quedado empantanada” (131)⁸.

Hasta ahí la analogía, pues la madre del narrador, amén de no alimentar fantasías con lecturas folletinescas, construye en la práctica un nuevo enlace por largos años, mientras Emma Bovary va de un amante a otro y termina suicidándose. Nos parece, en consecuencia, que la cita específica e inversión de la novela de Flaubert es un tanto forzada. Sin embargo, el narrador insiste con otro giro: “La pérdida lo había devuelto al grado cero de su aventura y forzosamente debía replantearse su lugar en el mundo. No estaba mal como epílogo de la novela social: Monsieur Félix Bovary se hallaba en trance de iniciar la última etapa de su viaje, y había elegido como guía al hijo cronista de la familia” (211).

La cita de *La casa de Bernarda Alba*, sin ser nombrado el título de la obra, recurre dos veces y aparece en lo que hemos llamado un giro y/o inversión, y alude esencialmente a *la vigilancia y de control del hijo sobre Moisés*, como la viuda Bernarda sobre sus hijas. El rol del hombre de la casa. Con el agregado de que la espera del hijo en el condominio lo coloca en una *situación de incertidumbre y espera* en que Moisés, ya con claros síntomas de deterioro (la familia le ha prohibido conducir y se niega a tomar un taxi), sale temprano y a pie a su trabajo en el hospital. A la sazón, al hijo lo asalta la culpa y la duda de si será capaz de llegar a su destino, temiendo que se extravíe en la ciudad. Justo antes de que su padre se marche, leemos: “Me siento como una señora española en un drama de García Lorca. Solo me falta una pañoleta negra en la cabeza” (37). Es decir, lo invade un sentimiento de aprensión materno, donde Moisés se ha transformado en el vástago a quien observa, y no puede controlar (la rebelde Adela en la tragedia aludida).

Y más adelante, otro día en que Moisés se dirige al hospital, pero ya después de saber que debe operarse, la cita retorna para desplazarse hacia otro intertexto: “Ni rastros de su partida. ¿Por dónde estará ahora?, me digo en voz alta, y ya no me siento una viuda en un drama de García Lorca, sino en el mismísimo príncipe Hamlet buscando el fantasma de su padre en un moderno condominio de Santiago. ¿Dónde estará mi padre?, repito angustiado [...]” (39).

⁸ Respecto de la ida de la madre con Félix, en otro momento se nos dice que tal vez se debió a que no toleraba ser la “rareza goy” (42) dentro de la familia de Moisés, y al aburrimiento que le producían los encuentros de esta en el Estadio Israelita.

El drama de Shakespeare habrá de ser otra cita recurrente. En la casa de Quintay (perteneciente a la madre y Félix), en que el hijo constata ya sin duda que Moisés tiene Alzheimer, asistimos a una escena que constituye un giro de *Hamlet*. El narrador acompañado de su propio hijo de diez años y de su pareja Victoria, ha invitado a Moisés a un descanso postoperatorio de fin de semana, sin aclararle de quién es la casa. El padre, que ya muestra "saltos de conciencia" y "despistes"(108) que los hermanos asocian a los medicamentos, encuentra asombrado su antigua caña de pescar en Quintay y le pregunta al hijo qué hace allí. Su reacción y reflexión reza:

Me alzo de hombros, intentando reducir la importancia del hallazgo, pero sé que no será posible sostener la impostura por demasiado tiempo. El Rey acaba de encontrar su vieja corona en un closet del castillo de Elsinore, y maldigo para mis adentro la inoperancia criminal de Félix, el usurpador, quien además de ocupar el tálamo nupcial no ha tenido mejor idea que conservar para él los vestigios de su víctima, pensando en que de seguro, nunca y bajo ninguna eventualidad, tendrá a su antiguo rival hurgando en la habitación matrimonial de su propia parcela de agrado (110).

En realidad, más que a Félix, quien no debe haber adelantado que Moisés alojaría en la casa de Quintay, el hijo se estaría reprochando a sí mismo su pragmatismo; o dicho de otra manera, la osadía de llevar al padre a descansar y recuperarse al castillo de su rival. De algún modo, el hijo lo reconoce al preguntarse cuánto de la "astucia y oportunismo" (116) de Félix hay en él, y "[...] cuánto de la férrea moral de mi padre para preservar en medio de la adversidad?" (110). Sin preverlo, la situación le golpea como un bumerang, tal vez porque encierra una transgresión al respeto filial, o quizá de manera inconsciente el hijo-príncipe castiga al padre-rey. En el fondo el narrador duda sobre quién es su modelo, ¿Moisés o Félix?:

No lo sabía, pero los contrastes me asediaban como espectros al descorrer el velo sobre ese taller Hamlet que formábamos en la penumbra de la casa de la costa como si fuese un castillo dormido hace siglos [...]. Si en un principio el deseo clásico buscaba eliminar al padre y seducir a la madre, este caso podía ser visto más bien como un ejemplo de traición vicaria al mandato edípico: impedido de vengar a mi padre en un principesco duelo de espadas, finalmente había decidido plegarme a Félix, emularlo, adoptar su impostura y lugar para sobrevivir en medio del caos del reino que se desmoronaba. Era él, Félix, el usurpador, Félix, quien había servido de modelo, y no mi padre. Ahhh... Freud, Freud: cuánta basura cabe en tu nombre. Ahora tenía los pies en la mierda y las moscas zumbaban alrededor (116).

Y ya muerto Moisés e instalado en su departamento de la calle Suecia, el protagonista-escritor emprende la tarea de relatar su historia y la de

Moisés. Merodea sobre cómo abordarla mientras el espectro del padre ausente reaparece:

Advertido de mi negligencia, el fantasma comenzaba a dar vueltas como un coleóptero sobre un cráneo agujereado.

–*Revenge*, Hamlet... –zumbaba, malicioso, antes de clavar su agujón en el hueso y exhalar, lleno de furor–: ¡¡*Revenge!*! (196).
[...]

No hay revancha que tomar (196).
[...]

Mi libertad no dependía del padre, sino del equívoco a que me obligaba (197).
[...]

Dar cuenta de mi padre, hacer fe de él, equivalía sin embargo al mayor de los abusos que podían cometerse (197).

Es una confidencia, o al menos un anuncio de que la revancha no ha de caer sobre Moisés, sino que el soslayado “duelo de espadas” tendrá lugar y se enfrentará a Félix.

Paradójicamente, es el mismo amante de la madre y ella quienes le entregan las herramientas para decidirse a la batalla. En efecto, al morir su progenitora no legó a Félix el departamento que compartían, y pasado un tiempo este vuelve a emparejarse con una mujer que se va a vivir con él a la propiedad familiar. El relato nos informa además que el departamento fue una suerte de transacción de cargo de Moisés para que la madre accediera a la separación legal. Para los hermanos era aceptable que Félix viudo permaneciera viviendo en su antiguo hogar, pero entendemos que ahora el acuerdo no explicitado habría sido roto.

Decidoramente, las últimas veinte páginas del texto están reservadas a detallar cómo se llevará a cabo la venganza, lo que podemos denominar *la expulsión del intruso*. Un colofón donde constatamos que la duda ha terminado, y que el modelo de Moisés basado en la una “férrea moral” se impone sobre el modelo de Félix, que lo inspira la sagacidad y cierta laxitud ética. Sin embargo, el hijo sabe que al desalojar a Félix ingresa en un terreno espinoso y que no sale del todo absuelto: “Y yo que me pensaba un espíritu libertario estaba a un palmo de ladrar como un sargento no bien lo expulsara de allí aduciendo autoridad moral para no permitir ciertas cosas que yo me permitía a la vez. Conque así de fácil era convertirse en un cabrón” (222).

Pero como en el drama clásico los personajes tienen un destino, y no se va a detener en su cumplimiento. El “cuarto oscuro” entrega uno de sus secretos largamente guardado –según el narrador, por sensatez y respeto a sus progenitores–: “Nunca quisimos a Félix, le dije, como tú tampoco nos quisiste, no al menos como se quieren los vínculos insustituibles [...]”.

No sacas nada con quedarte, esta familia no existe, naufragó contigo hace muchos años. [...] a nadie le importa donde vayas. ¿Y sabes por qué pasa esto? Porque *este lugar está vacío*, Félix, aquí no hay nada que recuperar ni que restituir, ninguna integridad pasada que haya que devolver a sus legítimos dueños" (el énfasis es mío, 224-226).

¿Qué lugar es el que está vacío?, una expresión que se reitera en el relato. Recordemos que el hijo la usa para referirse al padre ausente, y la yergue como explicación para no confrontar a un Moisés ya muerto, hablando sobre la catástrofe en que terminó su sueño comunista. Respeto al padre, entonces, que lo lleva a mantener esos pensamientos silenciados. Ahora que el lugar vacío es además el de la madre muerta, han desaparecido todos los obstáculos, y a Félix le enrostra lo que ha permanecido oculto. El narrador sabe lo que al fin se puede callar o decir: "*El estilo lo es todo en las familias. Yo, que encajé y tuve que matar a Félix esa mañana de sábado, puedo estar seguro de haberlo aprendido ahora que lo ejerzo sin complejos*" (los énfasis son míos, 227). El hijo-príncipe hablando en el nombre del monarca (y su clan) y restaurando el orden del reino, "[...] en honor a lo vivido" (227).

Por último, en lo que dice relación con las citas travestidas, *Bosque quemado* puede ser leído también como una inversión de la *Carta al padre* de Kafka. Primero es Moisés quien le escribe al hijo "la carta del padre" (67) pidiéndole, ya lo mencionamos, que vaya a su lado en Caracas. Jamás es capaz de contestarle por escrito. Se lo impide la culpa que siente por haber sido el primero en haberse enterado de la infidelidad de la madre y haber callado. Además, visualiza la inversión de *La carta al padre* al menos en dos sentidos: "Pero si la carta de Kafka había sido escrita para consagrar esa distancia, al revés la carta de mi padre parecía redactada para salvarla, lo que por otra parte hacía inviable el acuerdo con el hijo" (67-68); "El padre no era la autoridad sino mi debilidad, por lo que no había recurso a la palabra más allá del tácito acto de compañerismo" (68).

Tiempo más tarde cuando lo visita en Lechería le cuenta a Moisés que la represión en Argentina se dejó caer sobre la familia bonaerense, con una secuela de detenciones y la desaparición de un sobrino. Moisés, a la sazón, le escribe a su primo en Buenos Aires, intentando entregarle consuelo y reflexionando sobre lo que les ha ocurrido. De esta segunda carta del padre, el hijo no se entera hasta muchos años después en una visita a Argentina. El tío se la entrega diciéndole que su padre fue un guerrero. Esta misiva es reproducida completa en el libro, y es la única oportunidad en que conocemos *in extenso* la voz de Moisés. Allí está desde el exilio en el poblado venezolano su mirada de lo vivido:

Nos han inflingido la experiencia de una muerte prematura capaz de corromper la mayor de las certezas (175).

[...]

Ya no espero nada [...]. Si algún día regreso a mi país, será por equivocación. Todo habrá sido inútil, y el mundo

mejor por el que luchaba se habrá llevado a mis hijos o a los tuyos con un reproche sangriento y desconfiado. Si acaso sobreviven, ellos tendrán razón en apegarse al olvido, contra la historia de los padres y acaso también del porvenir de ellos mismos, juradamente descreídos y escépticos. Yo no puedo seguirlos, donde quiera que estén o vayan a ir en el futuro. Aun en la oscuridad seguiré despierto en este sitio con todo lo que he sido (176).

Este texto del padre conocido *a posteriori*, pero que ilumina el pasado, le hace darse cuenta al hijo de que el aún estoico Moisés ya en Lechería era un *guerrero sin esperanza*. No lo vio así en su visita al poblado venezolano, y lo que ahora atormenta al hijo es que la certeza de un Moisés desesperanzado “[...] venían a confirmarme en la literatura como una vocación prohibida” (178). Entiende además, en una reflexión de suya capciosa, que la naturaleza guerrera de su padre implicaría que él (y los demás) carece(n) de su espíritu de lucha. Y la consecuencia es el silencio, “[...] mientras no lograra precisar la imagen de mi padre en Lechería. Debía encontrar la forma exacta que lo señalara. ¿Cuál era exactamente? Me ocupé en buscarla durante largo tiempo” (178)⁹.

Pero al fin, el hijo parece hallar en estas mismas palabras de Moisés la clave para revelar el “negativo fotográfico”, lo que denomina “[...] la imagen prohibida que alumbraba la carta de mi padre” (179). ¿Cuál es esta imagen prohibida? A todas luces la de Moisés derrotado por *el mal*. El mal en un doble sentido: el que ha golpeado a los padres y se ha llevado de rehenes a los hijos a la muerte o el exilio, y el de la enfermedad que se desata como consecuencia y de modo adelantado. Así el hijo entiende que “[...] en realidad había pasado del otro lado. Lechería era su gulag. No había otra interpretación posible” (177). En lo que aparece como una cita no explicitada de Hannah Arendt, su padre judío hubo de vivir de manera vicaria (“la muerte prematura”) la experiencia de su pueblo en los campos de concentración: “El mal, entonces. El mal y mi padre. Mi padre y el mal. O yo mismo narrador, hechizado por los dos” (177).

La metáfora del mal, en la que vemos *el significante que engloba el sentido del texto*, será “bosque quemado”. La define el médico que diagnosticó el Alzheimer, refiriéndose al cerebro de Moisés: “Un bosque quemado donde todavía quedan algunos árboles y ramas humeantes” (124). Y esto nos retrotrae a su padre en Lechería, con la implicación simbólica que “la muerte prematura” o “su gulag” (la expresión rusa para campo de concentración en la Unión Soviética) habla asimismo de que el comunismo acabó en un “bosque quemado”. La catástrofe que el hijo se resiste a nombrar por respeto al padre muerto.

⁹ El narrador insiste en que busca “[...] la palabra que encerraba el nombre de mi padre en Lechería [...]”; “Entretanto, silbaba. Silbar es la lengua de nuestro pueblo, escribió Kafka [...]” (178).

No obstante, al revelar esta "imagen prohibida" el narrador siente que se le ha otorgado un pasaporte para cruzar la frontera, destrabando la impotencia frente a la página en blanco: "La literatura es una palabra entre millones, pensaba yo entonces; si llego a encontrarla, también las palabras de la Ley se abrirán para mí" (178)¹⁰.

Desde la certeza de que Moisés en su carta ha develado lo que no podía nombrar, el problema no será lo que se va a narrar sino la forma de hacerlo; es decir, quién será el narrador y quién el destinatario, y si se tratará de una mezcla de novela y biografía, lo que considera una ficción¹¹. Ese es el nuevo juego literario que baraja la autoría. ¿Se toma la voz de Moisés para reescribirle al tío, siendo sin embargo el hijo el destinatario? Esta fórmula la encuentra "Simple como el sol" (198), pero Victoria lo confronta, partiendo por plantearle que en ambos casos el nombre *La carta del padre* sería un título erróneo: "No es tu padre quien escribió la carta, o no lo hizo en esa condición [...] quien escribió esa carta no le escribe al hijo, ¿o sí? [...] La otra posibilidad es que esa carta la hayas escrito tú, seguramente como un modo de tener noticias de tu padre muerto y, de paso consolar a tu tío con una carta que nunca recibió" (198).

El hijo-escritor se da cuenta de que ninguna de las opciones le acomodan; piensa que la primera le resta autoridad al no ser el destinatario; y que la segunda iría más allá de sus derechos, pues significa asumir su voz en vez de la del padre para dirigirse al tío: "La suma daba como resultado una impostura absoluta. ¿Acaso con ambas no transgredía al fin la prohibición de la literatura?" (198). Defensivamente, responde que la carta de Moisés desde Lechería a su primo es lo único que no se ha inventado, mas Victoria no da su brazo a torcer: "Ya sé, pero no es tuya de tu padre -dijo-. Es la carta de Moisés" (198).

En síntesis, entendemos que *Bosque quemado* es una inversión de *La carta al padre* de Kafka, una *vindicación del padre en vez de un reclamo filial*. Victoria tiene razón, y la opción final del hijo es escribir "la carta de Moisés", pero en el sentido de ser su padre el *destinatario privilegiado*.

Un gesto literario de redención *post mortem*, en el nombre de Moisés.

¹⁰ Aparte de la asociación directa entre la Ley y el Moisés bíblico, la idea de que su padre representa la autoridad, a pesar de afirmar que no lo es sino su debilidad, la encontramos desde el inicio de la novela cuando el padre le pide cobijo, y Victoria le pregunta quién golpea a la puerta: "Mi padre -respondo-, y suena como si dijera: la policía" (15); "Mi padre, Moisés [...] Como si dijera: la ley" (28).

¹¹ En entrevista ya citada, Brodsky señala: "En un primer momento cuando terminaron las dictaduras hubo una escritura de no ficción, de documentar. Luego llega un momento de articulación en la ficción: para mí se trata de indagar qué es lo que quedó. Cuál es la marca, la experiencia profunda que ese período dejó. Se trata de descubrir e imaginar, algo que solo la ficción puede hacer" (Cordeu *op. cit.*).

Obras citadas

- Alberca, Manuela. "En las fronteras de la autobiografía", en Manuela Ledesma Pedraz (ed.). *Escritura autobiográfica y géneros literarios*. Jaén, Universidad de Jaén, 1999. pppp
- Brodsky, Roberto. *El peor de los héroes*. Santiago de Chile: Aguilar Chilena de Ediciones Ltda., 1999.
- _____. "La hora del asco" (2006), en <http://www.mapuexpress.net/?act=publications&id=520>.
- _____. *Bosque quemado*. Santiago de Chile: Mondadori, 2007a.
- _____. "El arte de ser judío en Chile", en *El asilo contra la opresión: Cinco judíos del Holocausto en Chile*. Santiago de Chile: Editorial Sudamericana, 2007b.
- _____. "Authorship" (2010), en <http://interlitq.wordpress.com/2010/02/03/in-his-essay-authorship-roberto-brodsky-considers-the-nature-of-the-writerly-impulse/>.
- Cordeu, Mora. Entrevista a Roberto Brodsky, Télam (2008), en <http://www.igoooh.com/notas/roberto-brodsky-novelando-el-exilio/>.
- Cornejo, Nicolás. "No tengo diálogo en Chile". Entrevista a Roberto Brodsky, *Bilis A*, agosto de 2007.
- González Echevarría, Roberto. *Mito y archivo: Una teoría de la narrativa latinoamericana*. México D. F.: Fondo de Cultura Económica, 1998.
- Lejeune, Philip. "El pacto autobiográfico", en Ángel Loureiro (coord.). *La autobiografía y sus problemas teóricos*. Suplementos Anthropos 29. Barcelona: Anthropos, 1991. 47-61.
- Marks, Camilo. "Padres e Hijos", en *Revista de Libros, El Mercurio*, 20 de enero de 2008.
- Méndez, Roberto. "Moisés", en *Revista El Sábado, El Mercurio*, 23 de febrero de 2008.
- Quiroz, Rodrigo. "Crímenes perfectos". Entrevista a Roberto Brodsky, *La Nación*, 5 de diciembre de 2004, en http://www.lanacion.cl/prontus_noticias/site/artic/20041204/pags/20041204204930.html.
- Slezkine, Yuri. *The Jewish Century*. New Jersey: Princeton University Press, 2004.
- Universia. "Actualidad" (2009), en http://www.universia.cl/portada/actualidad/noticia_actualidad.jsp?noticia=150799.